

Kindergarten, la edad que nunca abandonamos



Héctor Lillo, en el papel de vividor e irresponsable.



Violeta Vidaurré, Héctor Lillo y Jorge Álvarez dan vida a ricos matices humanos en los tres papeles protagonistas.



La comedia de Wolff logra mantener el interés constante del espectador, salvo en la parte final del primer y tercer actos.

Entre los buenos estrenos de la temporada, apareció casi al atardecer del año, "Kindergarten", obra de Egon Wolff que vino a acompañar al "Equus", de Peter Schaffer y a la muy privada "A la manera de Artaud" de Eugenio Guzmán sobre textos de Artaud, Ford y Séneca.

Después de siete años de retiro involuntario de las tablas chilenas (falta de demanda a la oferta), no así de las extranjeras, reapareció esta comedia en tres actos de Egon Wolff que quizás es la más rica en matices de todas las que se han estrenado hasta la fecha en el presente año. Si bien es cierto que esto del recíproco herirse, martirizarse, la "masoca" y el taladrear del alma, ya no constituye novedad alguna en el teatro, "Kindergarten" logra mantener el interés constante del espectador con la sola excepción de los finales de sus primer y tercer actos. En el primero, el sector dedicado a los recuerdos de lo que fuera la gran familia Sánchez Uriarte es débil y passé. El cierre de la obra con la aparición de la hija extraviada o arrebatada y una entrega y conformismo a lo que vendrá tampoco están de acuerdo con la fuerza del guión restante. Hay momentos de reminiscencias, involuntarias, con "Entretengamos a Mr. Sloane", de Orton, con "La Escalera" y con una que otra obra de Tennessee Williams. Pero es lo de menos. "Kindergarten" es fuerte, rayana en el teatro de la crueldad. Es probable, y como suele suceder, que el autor no haya considerado la magnificación que adquiere su propia obra una vez puesta en escena. Una cosa es el guión y otra el montaje. De todos modos se supone que el parto de "Kindergarten" fue armónico.

El simbolismo del gigantesco paraguas en hilachas, hilachas de traje de novia que un día llegó con pompa ante el altar, y que cubre el escenario, es el reflejo más claro de lo que pretende expresar "Kindergarten": la forma cómo se puede descansar sobre el apellido so riesgo de perecer del hambre.

Son dos hermanos, Mico —Jorge Álvarez—, y Toño —Héctor Lillo—. El primero laborioso, onanista, solterón, pechoño; el segundo vividor, bolsero, irresponsable y cobarde. Se llevan gran parte del tiempo martirizándose recíprocamente. Uno reprochando la ociosidad y frivolidad del otro. Lillo burlándose de la avaricia y del "edipismo" de su hermano. Hasta que llega Meche —Violeta Vidaurré—, aquella que se tala los cañones de sus piernas con una máquina de afeitar eléctrica. Es la hembra, la hermana prostituida equina, que despechada y arrugosa viene a cobijarse bajo el alero de Mico para disparar desde ese alero en contra de su suegra que le ha arrebatado a su hija Angélica. El motivo por el cual perdió a su única hija fue el adulterio, argumento que tuvo su marido para llevarse casa, criatura y cuernos. A la postre, todos terminan aceptándose pero para que esto se consiga, suceden algunos acontecimientos deliciosamente perversos. Algunos juegos de ridiculización, de exaltación de traumas de la infancia y la venganza de Mico, a través de sus ahorros, para humillar a los que un día lo humillaron. La amenaza del frío mundo del dinero también irrumpe en pompa en "Kindergarten".

Egon Wolff es ingeniero químico. Desde su trinchera alejada del avatar y mundillo artístico —a menudo encogedor y repleto de nimiedades ponderadas— prepara sus alquimias teatrales. Al espectador le es posible observar a la entrada del teatro "El Galpón" de Los Leones, propiedad de la actriz Alicia Quiroga, fotocopias de los programas de teatros griegos, catalanes, franceses e ingleses donde se están entrenando o presentando obras de Wolff como "Los invasores", "Flores de Papel" y "El signo de Cain".

Aparentemente Wolff le teme más al público chileno que al extranjero —por algo convive con el primero—. El se declara realista, un realismo mágico de todos modos, al tanto que Boris Stoiceff, director de "Kindergarten" —y que le ha dirigido otras dos obras— estima que es una especie de surrealismo. En declaraciones formuladas a SEMANARIO SOPESUR, dijo: "Esta obra es en varios aspectos superior a "Equus". Creo que el drama de Schaffer se inspira en algo siquico-simbólico. Wolf recibe influencias surrealistas y en "Flores de papel" se captan las presencias de Bergmann, Fellini y Buñuel. En "Kindergarten" trata de volver un poco atrás, sin caer en realismo clásico, al estilo Ibsen, Williams y de otros. Yo personalmente estoy en la búsqueda de nuevos símbolos, de una nueva forma de lenguaje. Stoiceff partió a comienzos de la

década a Europa donde estuvo dos años. Incluso visitó Polonia donde siguió cursos con Jerzy Grotovsky, el maestro que mayor influencia tiene en la actualidad en los hombres de teatro y que, a juicio de muchos, es el sepulturero de los "métodos" stanislavskianos. De regreso de Europa, se radicó en Antofagasta donde dirigió el teatro de la Universidad. Antes de su experiencia por el Viejo Continente trabajó y dirigió televisión. Egresado del antiguo ITUCH, Stoiceff, de 40 años en la actualidad, fue actor, pero siempre tuvo su norte en la dirección. Su último papel sobre las tablas fue en "Santa Juana" de George Bernard Shaw.

Cuando se le habla de la crisis del teatro chileno, Stoiceff argumenta: "Es por la falta de oportunidades para que los directores o actores salgan del país y obtengan un poco más de roce. También es necesario de que vengan más elencos foráneos. Con un intercambio intenso, el teatro chileno avanzaría a pasos agigantados. Asimismo tenemos este asunto del complejo sobre el público: Oh! no —suelo escuchar— si esta obra no es para Chile. Nada más falso y ridículo. Con un predicamento así nos vamos a quedar atrás."

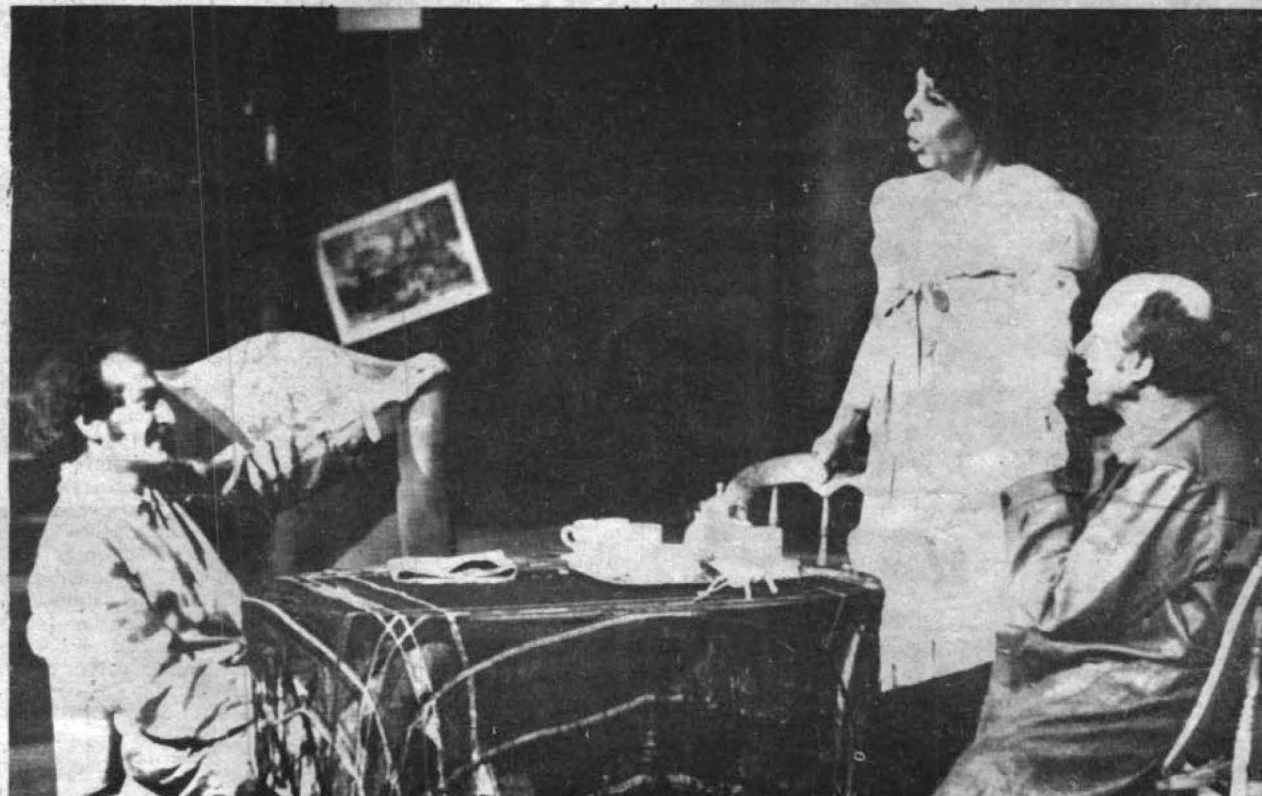
Sobre sus próximos proyectos: "Pienso montar una comedia musical ambientada en la colonia, para Alicia Quiroga y el monólogo "Margarita" de un autor brasileño y que se está dando con bastante éxito en el mundo entero".

—Las comedias musicales constituyen un riesgo—, le dijimos.

—Lo veo más que nada como un desafío—, respondió Stoiceff.

Egon Wolff mientras tanto prepara otra obra. Esta vez se tratará sobre la vida de una familia chilena en los últimos 50 años.

Quienes acudan al teatro "El Galpón" de Los Leones, no saldrán decepcionados. Las actuaciones de los tres integrantes —Jorge Álvarez, Héctor Lillo y Violeta Vidaurré— son soberbias. La dirección excelente. La película se la roba Jorge Álvarez con una entrega rayana en la locura o simplemente, en la compenetración total del personaje que encarna. Sacó aplausos —en la función a la cual asistimos— solito en una apoteósica exteriorización del yo.



Las virtudes y los vicios afloran con mucho realismo y dramatismo en "Kindergarten".